

Pétain y a Franco. En España, el absurdo llega al límite de dividir la guerra y la revolución, caso único en la historia de los movimientos populares desde Espartaco al Vietnam y que de hecho, una vez de provocar contradicciones sociales latentes en el enemigo, provocó una «guerra civil dentro de la guerra civil» (Bentzen).

La política de Frente Popular viene a ser una ecuación que luego se traduce en múltiples variantes aritméticas. Es la política de Unión Nacional en Italia y en Francia, que tras la segunda guerra mundial, con la mayoría del proletariado y la nación detrás, concede la hegemonía y el poder de recomposición a las minorías nacionalistas burguesas de la Resistencia en Italia a Badoglio. Es la política de unión con las burguesías nacionales en los países subdesarrollados la que, con el apoyo de Mao, permite la matanza de Yakarta en Indonesia, la que apoyó a Perón en Argentina, la que confiaba en los militares y en la democracia cristiana en Chile, la que se disolvió en el partido de Nasser en Egipto, etc. Es la política del «compromiso histórico», de la «Unión de izquierda» y de «Coordinación Democrática». Sus ejes son los mismos: una política internacional basada en la «coexistencia pacífica» con el imperialismo, para la cual hay que sacrificar todo «exceso» revolucionario, sea en Vietnam, sea en la India, sea en Palestina; una política nacional que quiere negociar el Pacto Político con el gran capital como prolegómeno del Pacto Social, con todas las garantías de que la crisis económica radical del sistema sólo se podrá solucionar mediante el pactismo. El socialismo, como diría el funcionario a Larra, para mañana. En 1984.

Si se estudia esta línea política en contestación con los planteamientos de Bernstein, es fácil de comprobar su similitud extraordinaria. No es de extrañar, pues, que sin afeites de ningún tipo, éste sería el más consecuente de los que, como los judíos conservadores en Egipto, prefieren una esclavitud «civilizada» que buscar la tierra prometida. ■ **JOSE GU-TIERREZ ALVAREZ.**

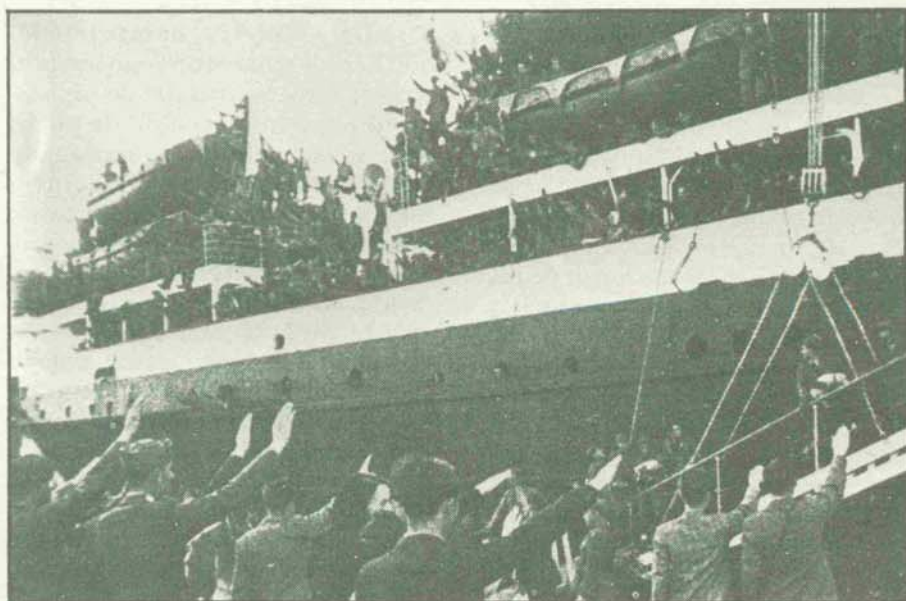
Sobre «La Marina italiana en la guerra de España»

He leído en el número 22 de «Tiempo de Historia» la «reseña» de mi libro «La Marina italiana en la guerra de España», a cargo del Sr. D. J. García Durán y, aunque todas las críticas deben ser aceptadas, me gustaría hacer unas consideraciones sobre la misma ya que en ella se personaliza demasiado y se hacen algunas afirmaciones completamente gratuitas y en absoluto ciertas.

En noviembre de 1973 entré en relación epistolar con este Sr. García Durán al recibir una carta —desde los Estados Unidos— en la que me refería su dedicación al estudio de la guerra de España en su aspecto naval, interesándose por conseguir las memorias del almirante soviético Kuznetsov que, al no poder obtener, le mandé fotocopiadas. A partir de entonces decidimos intercambiar algunas informaciones —que fueron muy útiles para mí y no sé si también para él—, que me agradeció efusivamente en algunas cartas que conservo. Este señor me indicó algunos errores míos, de la misma

manera que yo le señalé otros en la documentación que me enviaba. Sus puntos de vista no coincidían con los míos, empeñado siempre en no admitir los errores en que caen a veces los historiadores y los periódicos anglo-sajones y señalar meticulosamente los cometidos por los autores españoles. Mi posición intentando demostrarle que unos y otros cometen errores, pareció molestarle; más tarde nuestra correspondencia quedó interrumpida, al desviarse del tema propuesto y no recibir contestación a mi última carta en la que le pedía una copia de la fotografía de un submarinista soviético que me había dicho poseer. Sin embargo creía contar con su amistad o, al menos, con su comprensión sobre las dificultades que representa escribir sobre un tema —prácticamente no tratado antes por nadie— como es el de la intervención de los barcos italianos en nuestra guerra.

Aun sin ánimo de establecer polémicas, la «crítica» del Sr. García



Todavía está por investigar detenidamente la participación italiana en la guerra de España al lado de las tropas franquistas, aun cuando ya se hayan hecho algunos estudios detallados —como el que ocupa la polémica mantenida en estas páginas— sobre la parte marítima de tal ayuda. (En la imagen, reexpedición de tropas italianas a finales de 1938).



Después de descargar en el puerto de Valencia, el mercante soviético «Komsomol» —en la imagen— resultó hundido. En su libro sobre la guerra civil española, Hugh Thomas afirma —indebidamente al parecer— que fue un submarino italiano el agresor.

me parece estar empañada por una cierta animosidad y por ello, quisiera hacer las siguientes consideraciones:

1.º El Sr. García opina que en mi libro no he dicho demasiadas cosas nuevas sobre el tema, opinión que, en mi modestia, no me parece justa pues creo haber sido el primero en publicar muchas noticias realmente inéditas, como por ejemplo: el relato del torpedeamiento del crucero «Miguel de Cervantes»; la identidad de los barcos que bombardearon Barcelona y Valencia en febrero de 1937, demostrando que no pudo hacerlo el «Canarias» como hasta ahora se había escrito; precisiones sobre los hundimientos del «Delfín», «Navarra»... etc., por submarinistas italianos; los nombres de la mayor parte de estos submarinistas; los nombres de los oficiales de la Armada española que figuraron embarcados en barcos italianos; la identificación del «Barletta» como crucero auxiliar «Río» y su apresamiento del «Burlington», achacado por otros autores a un barco nacional; las operaciones de los barcos de superficie italianos hundiendo mercantes republicanos y neutrales... etc., así como algunas informaciones —que tal vez se salían algo del tema— sobre la formación del C. T. V. y su transporte y de la

Misión Militar Italiana en España. Ninguna de estas noticias las había visto publicadas por nadie pero, por lo visto, no eran nuevas para el Sr. García.

2.º He considerado siempre que la ayuda italiana a los nacionales fue extraordinariamente generosa, superior a cualquier otra, en armas, aviones, hombres, barcos y apoyo diplomático; esta consideración no parece agrandar al Sr. García, tal vez por no comprender bien el sentido de la palabra «generosa».

3.º Del «Barletta» habría mucho que hablar y me propongo hacerlo en el futuro. Se trataba de un modesto mercante armado de pocas toneladas y no de un acorazado como señalan algunos documentos ingleses, o de un crucero como apunta uno de los admirados autores del Sr. García. Bombardeado en Palma por la aviación republicana —con todo derecho por estar fondeado en un puerto enemigo— considera Thomas que puesto que aquel puerto pertenecía a la jurisdicción de la patrulla de control francesa «la presencia de este barco no sería inocente»; en mi libro opino que la misma argumentación cabría hacerse con respecto a los cruceros ingleses «Galatea» y «Shropshire» fondeados por entonces en Valencia, puerto que correspondía a la

jurisdicción de la patrulla de control alemana. Este comentario mío lo considero completamente lógico pero molesta al Sr. García que pretende «me indigno y censura a Hugh Thomas», intocable por lo visto, a juicio de este señor.

Posteriormente el «Barletta» operó como corsario —con tripulación y mandos italianos, algún oficial español a bordo y bandera nacional si era necesario (hecho que creo haber sido el primer autor en referir)— comentando que así, este barco que «perteneció al control naval, fue luego dedicado a corsario, para regresar más tarde a sus tareas controladoras», frase que me parece lo suficientemente irónica. Podría haberlo considerado como barco pirata pero, para esto, según las leyes internacionales, hubieran debido concurrir en él otras circunstancias. En las páginas 210 y 302 de mi libro cito también a su gemelo «Adriático» como dedicado a similares ocupaciones, a pesar de que el Sr. García afirme no me ocupo de este barco, cuya identificación como crucero auxiliar «Lago» creo haber sido también el primero en establecer.

4.º Respecto a mi «trabucamiento» al escribir los nombres de algunos barcos —y de algunas personas— debo reconocer mi culpa aunque haciendo constar que esto le pasa a la mayoría de los autores, entre ellos las «vacas sagradas», todos de más categoría que yo. Desgraciadamente no pude disponer del «Lloyd's» para verificar estos nombres y si el Sr. García sólo ha encontrado los errores de nombres de barcos que cita —entre los casi dos mil que figuran en mi libro—, debo considerarme satisfecho: es mayor el porcentaje de errores de otros autores nacionales y extranjeros. Además, lo de «Dewllin» por «Dellwin» (barco al que Thomas llama «Dellwyn», con y) es una simple errata de imprenta ya que en los Apéndices de mi libro (pág. 296) aparece el nombre correcto e igual ocurre con el «Arlow», que figura como «Arlon» o «Arlow» en el mismo apéndice (pág. 295) y con el «Fraham» — «Farnham» (pág. 297). Debe tenerse en cuenta que los autores tan admirados por el Sr. García —y por mí—, las llamadas «vacas sagradas», también cometen errores en nombres

de barcos y personas, como todo el mundo, sin que por ello se tenga que sentir menos admiración por sus obras: por ejemplo, varios de ellos llaman «Usamoro» al barco alemán que trajo el primer material de guerra a Cádiz, siendo «Usaramo» su nombre correcto; también, casi todos ellos, hablan del general «Nuvolari» —en vez de Nuvolini— a quien, además adjudican el mando de una División de «Flechas Negras» en la batalla de Guadalajara. El general Luigi Nuvolini mandó en realidad la División «Penne Nere» («Plumas Negras») y la Brigada Mixta de «Flechas Negras» no intervino en aquella batalla. ¿Quiere el Sr. García que le mande una lista de los errores de nombres propios cometidos por sus historiadores predilectos?

5.º Ciertamente el documento cuya traducción publico en la página 106 de mi libro, referente a una reunión entre marinos italianos y alemanes, me fue proporcionado por el Sr. García. Considerándolo muy interesante le pedí autorización para reproducirlo en mi trabajo (autorización que él no me ha solicitado para referirse a algunas informaciones mías en su «crítica»), así como la manera en que quería fuese citada la fuente de mi información; su respuesta, en carta que conservo, fue la siguiente, textualmente: «En cuanto a mencionarme como fuente de información para el documento sobre el acuerdo Italo-alemán, puede mencionar como fuente el libro «De Spaanse Burgeroorlog en zijn Gevolgen» de un libro colectivo que recoge las conferencias pronunciadas durante un seminario internacional, a fines de 1972, sobre la guerra española..., etc». Yo no hice más que cumplir estas instrucciones y no le cité, pero, parece ser que el Sr. García deseaba se supiese había sido él mi informador (lo que me hubiera gustado mucho pues me encanta citar mis fuentes) y yo no interpreté bien el párrafo de su carta.

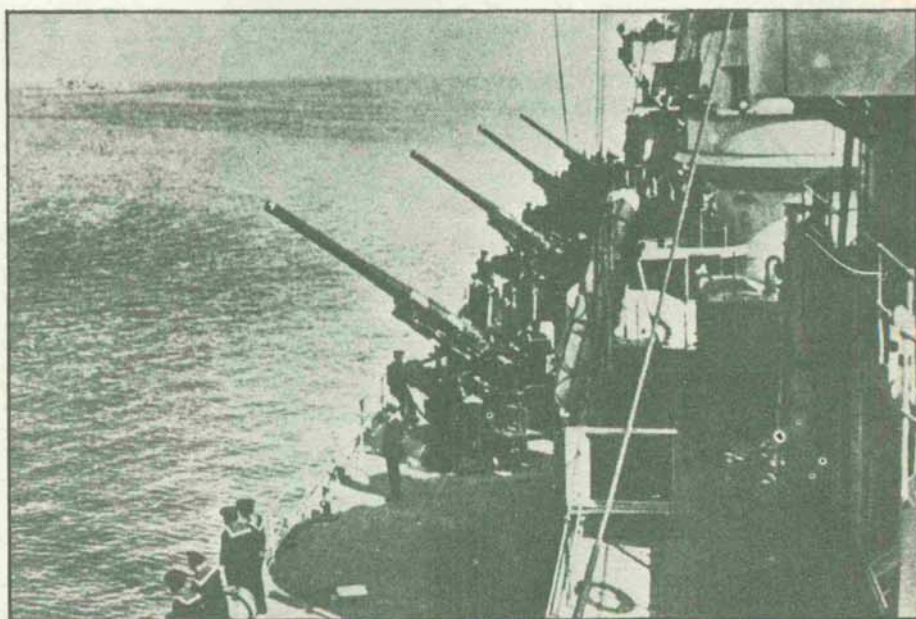
Este documento me parece «cuestionable» por las tres razones siguientes: a) Haberse celebrado la reunión el 17 de noviembre de 1936, en tanto que según otras informaciones —más o menos cuestionables también— cuatro sub-

marinos italianos habían empezado a operar en aguas españolas unos días antes. b) Que al menos en el submarino «Torricelli» —el que torpedeó al «Cervantes» cinco días más tarde— figurasen embarcados dos oficiales españoles. c) Que los submarinos alemanes no apareciesen por el Mediterráneo si tenían que empezar a operar a finales de aquel mes. Todos estos hechos, completamente contrarios a los acuerdos citados en el documento, obligan a considerarlo «cuestionable», es decir, sometible a discusión. Pero para el Sr. García cualquier documento que pueda haber en un archivo extranjero o las opiniones de cualquier autor o periódico anglo-sajón son siempre incuestionables en tanto que considera como «basura» todos los documentos y a todos los historiadores españoles. Por ejemplo, el único comentario que me hizo en sus cartas sobre el libro del almirante Cervera fue el siguiente: «Veo que tiene Vd. una opinión muy baja del Times de Londres que yo le había sugerido como fuente seria. A este respecto y si para muestra basta un botón, vea Vd. un curioso ejemplo que quizás le sirva para no caer en el mismo error: «The Times» (8-11-1938) dice: «El «Río Miera» capturado..., etc». El almirante Cervera (pág. 343) dice «El «Río Mieres» fue capturado..., etc». El nombre del «Times» es el veraz; el del almirante español,

cuyo libro fue revisado por otro almirante, su hijo Pascual, es erróneo. Lo cual deja muy mal parados a dos almirantes, que ni conocen el nombre de un barco español ni el de un río que, aunque en pequeño trecho es navegable». Creo que el libro del almirante Cervera es realmente interesante y tiene materia suficiente para hacer sobre el mismo comentarios más importantes y que poco importa la confusión de un nombre. Además, en la marina mercante española de entonces había un «Río Miera» (ex «Martínez Ribas» perteneciente a Naviera Montañesa, S. A.) y un «Mieres» (ex «Ceferino Ballesteros», de la S. A. Fábrica de Mieres) por lo que la confusión es completamente culpable.

El Sr. García asegura haberme mandado otros dos documentos complementarios de éste y que lo complementan. En una de sus cartas me anunciaba este envío al escribir: «Le adjunto uno de los documentos alemanes que había traducido al inglés pero no al español y le prometo, tan pronto como tenga más tiempo, mandarle dos más»..., pero estos documentos no llegaron nunca a mi poder; si no, es indudable que los habría publicado.

6.º Respecto al hundimiento del «Komsomol», su causante —directo o indirecto— fue el «Canarias» y no un submarino italiano



No un submarino italiano, sino el crucero «Canarias» fue quien hundió al mercante soviético «Komsomol». El «Canarias» —cuya batería vemos— llegó a resultar mítico dentro de la zona nacional, utilizando sus victorias como eficaz elemento de propaganda.

como asegura Thomas (que por cierto escribe Konsomol, con n). Este autor, sin duda debió de conocer la versión «nacional» y no sé de dónde se sacó lo del submarino italiano pero, en su «imparcialidad», prefirió esta última sin citar sus fuentes y ni mencionar siquiera la primera. Creo que el lector imparcial agradecerá mi nota al pie de la página 103 de mi libro sobre las discrepancias observadas en los diferentes relatos del hundimiento; a pesar de ello, el Sr. García sólo ve mala fe y partidismo en mi manera de relatar los hechos puesto que, a los autores españoles, «una predisposición mental, ideológica o histórica nos impide, por mucho que queramos evitarlo, interpretar un hecho con la misma imparcialidad con que lo haría un historiador no español».

7.º Debo reconocer mi pifia en lo de «Lord Pedelford»; francamente no sé cómo se pudo producir. ¿Tal vez una tonta «corrección» de última hora ya que no figura así en mi manuscrito? Pero

sea como sea es inexcusable; sólo me consuela recordar que las «vacas sagradas» del Sr. García —ante las cuales reconozco mi notoria inferioridad— cometen también algún error similar y aún superior: por ejemplo, uno de estos autores admirables, asegura que el C. T. V. estaba mandado por los generales Roatta y Mancini, ignorando que «Mancini» era el nombre de guerra de Roatta.

8.º En cuanto al libro que cita en su crítica: «Italian intervention in the Spanish civil war», editado por la Universidad de Princeton, no dudo que será muy interesante y estoy intentando conseguirlo. Lo único curioso es que mucho antes de ser publicado, cuando lógicamente estaba en pleno periodo de gestación, en una carta de marzo de 1975, ya me decía el Sr. García que sería el mejor libro en este tema... ¡Magnífica crítica premontoria!

Sé que mi actitud al enfrentarme a una crítica no demasiado favorable puede ser mal interpretada,

pero considero francamente impropio tildarme de partidista por relatar unos hechos —en mis tres libros dedicados a los voluntarios italianos—, basándome siempre en unas fuentes que cito, muchos de los cuales no han sido publicados por nadie, en los que demuestro una intervención italiana en nuestra guerra muy superior a la que la mayoría de los autores han señalado, desvelando una serie de «misterios», alguno no demasiado propicio a los «nacionales». El hecho de que mis opiniones no coincidan con las del Sr. García no creo le autorice para suponer que mis conclusiones «choquen con mi verdad, debiendo aderezarlas y canalizarlas para que sigan moviendo la rueda de mi molino» —actitud que creo más cerca de su intransigencia y soberbia— ni para considerarme como «un historiador del régimen». Pero a esto de ser «etiquetado» acaba uno por acostumbrarse: ya en otra ocasión, al publicarse mi libro «Spansky», fui tildado de anarquista. ■ JOSE LUIS ALCOFAR NASSAES.



REVISTA MENSUAL DE EDUCACION SEPTIEMBRE 1976 100 PTAS.

Cuadernos de Pedagogía

Suplemento nº3

“Fascismo y educación”

Una de las más notables publicaciones especializadas que han aparecido en nuestro país durante los últimos años es —sin ninguna duda— «Cuadernos de Pedagogía». Editada en Barcelona y conducida por un equipo de redactores y colaboradores muy homogéneo, está logrando tratar cada mes aquellos temas que nacen de la grave problemática educativa actual del Estado español. Pero sabiendo también —y de ahí que la traigamos a las páginas de TIEMPO DE HISTORIA— ofrecer una dimensión histórica de los conflictos cuando ello puede ayudar a clarificarlos.

Este es el caso del número monográfico que «Cuadernos de Pedagogía» acaba de dedicar al tema «Fascismo y educación» y, más concretamente, a la incidencia que el franquismo ha tenido en las cuestiones pedagógicas durante cerca de cuarenta años. Los artículos de Jacobo Muñoz, Jordi Monés, Josep M.ª Bas y Jaume Carbonell en torno al marco global de la problemática elegida, se complementan con otros —más particularizados— de José María Carandell, Amando de Miguel, Tuñón de Lara, Juan del Val, Marta Mata, Marina Subirats y con textos autobiográficos de Luis Goytisolo, Nuria Pompeia, Francisco Frutos e I. Riera y Rosa Regás. El importante monográfico termina con otros escritos que analizan el problema desde la perspectiva de diversos fascismos mundiales.

Señalemos que, casi conjuntamente con el «extra» de «Fascismo y educación», «Cuadernos de Pedagogía» incluye en su último número ordinario un bloque de estudios sobre la Institución Libre de Enseñanza, con similares resultados de calidad.